



Juan A. Ortega y Medina

“México en 1832”

p. 407-430

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 3. Literatura viajera

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

574 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6415-3 (volumen 3)

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/literatura_viajera.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

México en 1832

407

El siglo XIX mexicano no gozó ni sufrió,¹ en la proporción que el nuestro, ese típico y sustancioso oleaje de turistas –tan característico de nuestro tiempo–, rasador de conciencias, nivelador de costumbres y robustecedor de tanto desfalleciente presupuesto. En el siglo XIX, más que turistas lo que recibió México fueron viajeros, y no se nos tome a confusión o paradoja lo expresado. Hay que explicar también que en dicho siglo tres clases de viajeros se destacaron (y, por lo mismo, se disputan hoy día nuestra curiosidad histórica): los diplomáticos, los artistas y los comerciantes. Desde luego esta clasificación no agota ni con mucho las especialidades; mas para nuestro objeto baste añadir que, ni limitándonos incluso a las tres señaladas, la fórmula se da con absoluta pureza. Tal ocurre, por ejemplo, con el ciudadano C. C. Becher, comerciante alemán con ribetes de diplomático y aun de catador del arte, que, además de las consabidas reglas de la provechosa aritmética mercantil de entonces, logró a ratos remansar su espíritu y hurtarlo al tráfigo del interés simple y compuesto, para poder dedicarse con cierto deleite a la contemplación y meditación de México y lo mexicano.

1 Este texto sirvió de introducción a las *Cartas sobre México*, México, Imprenta Universitaria, 1959.

Becher fue natural, con suma probabilidad, pues que no está del todo averiguado, del gran puerto de Hamburgo; vino a México por los treinta del siglo XIX y nos dejó de su paso por este país un importante y curioso libro de impresiones viajeras; es a saber, de impresiones entre estereotipadas y novedosas. En el año de 1821, cumplamos en este relato con el indispensable requisito cronológico para situar暂时amente a nuestro viajero, en la Alemania de la cuenca del Rin se había constituido una poderosa sociedad de fabricantes y comerciantes (los alemanes expandían a la sazón su ya pujante capitalismo industrial), la Compañía Renana Indooccidental de Elberfeld (Rheinische-Westindische Compagnie), dedicada a importar directamente productos en bruto y diversas producciones de las Indias Occidentales, para desembarazarse del gravamen fiscal de los depósitos comerciales intermedios que explotaban ventajosamente los franceses e ingleses en sus respectivos puertos. Para librarse de este tutelaje económico tan lesivo, la compañía alemana decidió comerciar directamente con los países productores, y trocar así las materias primas y los productos llamados coloniales o ultramarinos por los industriales que, a ritmo creciente, ya producía y exportaba Alemania en cantidades y calidades bien notables.

La compañía citada, cuyos miembros eran casi exclusivamente productores, necesitaba ahora un hombre competente, polilingüe y conocedor del oficio, que pusiese en marcha el ambicioso plan comercial. Se necesitaba un comerciante ducho que fuese capaz de organizar el complicado sistema, y que pudiese llevar a buen fin aquella aventura o apertura de una vasta empresa mercantil intercontinental. La compañía procedió, por tanto, a buscar su hombre, y al cabo lo encontró: el susodicho comerciante hanseático. Becher fue nombrado subdirector de la empresa y se le encargó la puesta en marcha del proyecto imaginado por la casa matriz hamburguesa. Nuestro emprendedor comerciante puso inmediatamente manos a la obra, y aquel mismo año (1821) lograba incluso remitir a Haití, en un buque de la liga portuaria, un valioso cargamento de géneros alemanes. Esta primera operación tuvo un gran éxito, y, estimulados los empresarios por las ganancias, asediaron a Becher, el cual comenzó inmediatamente a considerar las posibilidades que se ofrecían para repetir a mayor escala la operación. Pesó y sopesó nuestro empresario todas las eventualidades, y su decisión fue abrir un segundo y todavía más importante mercado que el de Haití: la elección recayó en México. El 31 de octubre de 1822, justamente el mismo día en que el brigadier Luis Cortázar disolvía

en la capital mexicana el Congreso, salía del puerto de Hamburgo un navío con la primera gran remesa de géneros alemanes, por un valor de 350 000 táleros prusianos.² El barco surgió en Veracruz el 3 de mayo de 1823; es decir (si es que queremos ver tal hecho endentado con nuestros acontecimientos históricos), dieciséis días antes de que el emperador Iturbide abdicase.

México resultó un excelente campo comercial, y los pingües beneficios alcanzados fueron tan jugosos, que Becher propuso inmediatamente a los accionistas la instalación en la República, con carácter permanente, de dos agentes comerciales: uno en Veracruz y otro en la capital de la flamante y recién nacida nación. A partir de este momento, Becher comprendió que el interés económico de los Estados alemanes requería el establecimiento inmediato de relaciones diplomáticas con la joven República Mexicana, y a ello dedicó todos sus esfuerzos, influencias y habilidades, que no eran pocos.

Para el año de 1830 las inversiones de la compañía renana se habían multiplicado prodigiosamente por todo México y hubo, pues, necesidad de enviar a alguien que visitase, inspeccionase y orientase aquella vasta empresa de la que dependían no únicamente los dos establecimientos comerciales antes citados, sino toda una serie de agencias con inversiones mineras, manufactureras y mercantiles. Las cosas marchaban bien; pero no todo lo bien y aprisa y expansivamente que deseaban los accionistas e inversionistas alemanes, los cuales, dicho sea de paso, eran apadrinados y estimulados por el propio consejero real privado de Prusia, el señor de Wincke, el excelentísimo primer presidente de Westfalia; o lo que viene a ser lo mismo, que la propia familia real era consocia más o menos secreta de la poderosa empresa.

El señor de Wincke, que era amigo de Becher y que estaba prendado de las notables dotes económicas y políticas que adornaban al activo hamburgués, realizó diversos sondeos diplomáticos y presentó más de una propuesta a fin de que se nombrase a Becher cónsul general de Prusia en México. Sin embargo, el ministerio prusiano no resolvió nunca favorablemente las propuestas, puesto que en el seno del mismo se barajaban otros nombres y presionaban otras influencias.³ Becher vino, por tanto, a México como simple

2 Un peso de entonces valía 1½ táleros. Hay que añadir también que el dólar iba a la par con nuestro peso, y que éste tenía, en productos de consumo diario, un poder adquisitivo casi cuarenta veces mayor que el actual.

3 Entre otras personas propuestas estaban los señores Koppe y Gerolt. Véanse del primero las dos *Cartas a la patria* (vid. el número 7).

inspector de la compañía; mas no creemos que el orgullo de nuestro comerciante se resintiera lo más mínimo por no haber sido honrado con el nombramiento diplomático; en realidad, y si juzgamos por sus cartas, Becher se nos revela como un hombre que se siente vivamente la nostalgia de la patria lejana y se aflige por tener que prolongar más de la cuenta, es decir, de lo calculado por él, su estancia en México, por fuerza de las circunstancias políticas pronunciantes del año de 1832. La tierra natal, la esposa y los hijos atraen con gran fuerza a este cincuentón viajero, cuyo deseo más ardiente e íntimo fue volver cuanto antes al círculo tierno y acogedor de los suyos.

Becher desembarcó en la tierra veracruzana el día 2 de enero de 1832, y no dejó el país sino hasta el 4 de abril del año siguiente; permaneció, pues, en México, exactamente un año, tres meses y dos días. Breve estancia, sin duda alguna, para que nadie se jacte –y menos él– de haber conocido y penetrado en las reconditeces espirituales de un país; pero a favor de nuestro cronista viajero tenemos que poner ahora el espíritu de aquella época, un espíritu que era, en verdad, bien ajeno a todo juicio apresurado, inmaduro, periodístico, a vuela pluma. Poco tiempo estuvo efectivamente Becher en México; pero si consideramos el entrenamiento previo que tuvo a base de ciertas lecturas (no muchas efectivamente, mas decisivas), y de sapientes recomendaciones y sabrosos comentarios viajeros, por ejemplo los recibidos (hay que imaginarlos) directamente por boca (¡nada menos!) del gran Humboldt, ya no resultará aventurado afirmar que nuestro comerciante poseyó un cierto conocimiento reflexivo de México, como nos lo muestran sus cartas rezumantes de juicios críticos atinados, perspicaces y, sobre todo, desapresurados. La visión de Becher es caleidoscópica, multiforme; el libro trasluce asimismo un carácter amable, un espíritu prudente, equilibrado y metódico. Los hechos que nos refiere Becher, así como las impresiones recibidas que él nos transcribe, están relatados sobria y desapasionadamente. En el orden y concatenación del relato todo está expresado sin muchas exageraciones; de acuerdo, sí, con las circunstancias de tiempo, lugar y momento histórico; y aunque, como él mismo dice en su introducción, no aporta mayores novedades, la novedad, sin embargo, hace su subjetiva aparición en la peculiar manera de ver, concebir y reproducir las cosas que desfilan ante su vista. Como veremos, el lenguaje de Becher es admirativo en extremo; pero es que el México de entonces levantaba esa misma admiración a toda mirada occidental escrutadora de nuestro ser histórico.

A muy poco más de lo dicho alcanzan nuestras noticias sobre nuestro ordenado viajero; pero todavía cabría rastrear una y otra vez en sus cartas para ver si sería posible aprehenderlo y reconstruirlo de acuerdo con un sistema parecido al que se emplea en ciertos pasatiempos criptográficos, en donde, enlazando la informe numeración progresiva por medio de breves trazos, lógrase al cabo que surja de aquel rompecabezas numérico una determinada figura que siempre estuvo en el recuadro, si bien no se perfilaba antes del adecuado tratamiento.

II

Como es sabido, los viajes por mar eran por aquel entonces una empresa difícilísima y todavía no exente de riesgo, tenemos que pensar lo que tuvo que ser para un hombre como Becher, de 55 años, un viaje tan largo, tan azaroso y sobre todo tan pesado. Se necesitaba hacer acopio de paciencia y tener un firme carácter y una constitución vigorosa para lanzarse a una travesía en la que, a poco que se lo propusieran los vientos caprichosos (y se lo proponían casi siempre), el viajero tenía que soportar a bordo de su frágil velero un trimestre muy bien cumplido: ¡casi tanto como Colón! Becher se nos muestra en la travesía como un hombre perseverante, habituado a tales incomodidades, optimista a ratos y resignado a sufrir la dura prueba; en su diario va recogiendo sus impresiones y uno percibe poco a poco las notas de añoranza que destilaba su espíritu conforme el navío lo iba alejando más y más de las costas europeas.

Este diario epistolar lo dirige a su esposa e hijos; el interés familiar constituye, por lo mismo, el armazón de todo el argumento. A veces el lector percibe el deliberado propósito político, económico o simplemente informativo que constituye el meollo de estas cartas familiares; mas hay que tener en cuenta no tanto la rareza que representa una mujer tan singular como lo fue, sin duda, la de Becher, a juzgar por las trazas, una mujer interesada en semejantes problemas, sino el hecho de que se trata también de un procedimiento metodológico que el autor emplea para dar curso y cabida adecuados a sus ideas. Se echa de ver fácilmente que estas cartas están reescritas, rehechas; es a saber, que tenemos que imaginarnos a Becher en su mesa de trabajo teniendo frente a sí una serie de materiales a los que tiene que ordenar, interpolar y presentar de modo coherente. La forma epistolar es, además, un viejo

artificio idealista y romántico que se acomoda muy bien a las actividades propias de todo viajero, abierto siempre a los cuatro rumbos del azar y de la circunstancia aventurera, y que le permite resumir materiales dispersos bajo el imperio ordenador de la data y del destinatario. Se nota a veces muy claramente que bajo una misma fecha se incluyen hechos, sucesos o reflexiones que corresponden a días distintos.

Dejando asimismo a un lado el hecho de que la esposa de Becher fue, según adivinamos, una mujer excepcional, inteligente, educada, instruida e intelectualmente curiosa, la inclusión de los diversos materiales informativos por vía epistolar y familiar, además de ser un medio legítimo, es también, según apuntamos, un excelente recurso o arbitrio literario en manos de nuestro viajero. Muy de acuerdo con el clima espiritual tempestuoso y asaltante de la época (*Sturm und Drang*), respiran a veces las cartas por la herida romántica; pero no hay que suponer que ello se deba únicamente a un mero contagio de la epidemia literaria que todavía hacía estragos, sino al hecho también de estar casado nuestro viajero con una mujer muchísimo más joven que él. Pasemos a inferirlo: Becher tiene presentes constantemente a su esposa e hijos pequeños; para ellos describe la mascarada de la corte neptunesca al cruzar el buque la línea tropical, y para ellos asimismo transcribe historias heroicas mexicanas con fines didácticos. Pero al llegar Becher a México, nos enteramos de que nuestro viajero se alegra grandemente cuando su hijo mayor sale a recibirlo, y cuando lo ve desenvolverse con gran soltura en el complicado mundillo de los negocios capitalinos. En México, y en la misma casa, naturalmente, conviven padre e hijo; pero lo significativo es que cuando pasa a contarle a su esposa estos estimulantes pormenores, habla de su hijo en singular y en tercera persona, sin hacerle más extensivo el goce de la buena nueva a su dulce esposa (la madrastra, según creemos, del joven) con un *nuestro* revelador.

Esto explica a nuestro modo de ver la emotividad senil que aflora alguna que otra vez en el estilo de Becher; así por ejemplo en ciertas descripciones y sobre todo en el dulce acento de algunas de las despedidas. Esto da al libro un mayor encanto y revela al hombre observador, enamorado y tierno; el primer romántico con que le describe la maravilla de la flor del cacto, nos muestra incluso a un Becher con visos que aspiran a ser poéticos. Sin embargo, estos vuelos son necesariamente escasos. La mayor parte de las misivas, así como los añadidos y apéndices, son estrictamente informadores de la realidad social, política y económica de México. Becher intercala informaciones que

no van dirigidas tan sólo a su esposa, sino al círculo alemán interesado. Hay cartas en que le recomienda a su mujer la divulgación de tales o cuales hechos, y hasta le encarga o le encarece la distribución de algún boletín de información entre un determinado número de personas.

Lo que en verdad nos asombra en Becher es su nada parva instrucción que a veces alcanza el grado de la especialización. Nos extraña también su sensibilidad cultural, su apasionamiento artístico. Sus alusiones y citas literarias nos lo presentan familiarizado con Shakespeare y Milton; su gusto musical, de buen alemán, y su fervor por el ballet así como su manía por el buen teatro, resultan a todas luces insólitos para un hombre cuyos intereses fundamentales se orientaban mercantilmente. Ahora bien, esta particularidad nos hace pensar que Becher no fue un hombre vulgar, y así parecen probarlo sus viajes, sus conocimientos de toda suerte, sus gustos artísticos e incluso sus citas latinas para darse cierto tono. Además, a un hombre corriente no se le hace cargo de una empresa en la que Humboldt tenía que actuar de consejero áulico y nuestro Alamán de receptor interesado.

Becher poseyó además el don o habilidad de las lenguas: el español, el francés y el inglés parecen haberle sido familiares; por lo menos hasta el punto de poder seguir la trama de las buenas obras dramáticas del teatro inglés o del español. El francés lo conoció sin duda todo lo bien que lo demuestran sus breves y casi correctas transcripciones en esta lengua, y cuando menos lo habló con una fluidez tal que le permitió apreciar críticamente que el que hablaba don Manuel Gómez Pedraza era un tanto cuanto deficiente; tan insuficiente asimismo como el inglés que en Nueva York había podido aprender la excelentísima señora doña María Juliana Azcárate de Gómez Pedraza, esposa del presidente. Por lo que se refiere al español de Becher, poco podemos decir; desde luego dejan mucho que desear sus citas en nuestro idioma. Las palabras en español que a ratos nos transcribe, y que en el texto alemán destacan como luminosos brochazos de exótico y obligado impresionismo viajero, o se duelen de los achaques del afrancesamiento o manifiestan la dolencia italianizante que es típica en el español de los viajeros germanos decimonónicos.

La obra de Becher fue publicada en Hamburgo en 1834; es decir, en la ciudad y puerto que, desde principios del siglo XIX a la fecha, ha mantenido un renovado y vivo interés económico y espiritual por las cosas de Hispanoamérica en general y especialmente por las de México. El que haya sido Hamburgo, como sospechamos, la patria chica de Becher, y también precisamente

que haya sido ese puerto el centro económico más importante de la Alemania renana y el punto clave de casi todo el tráfico ultramarino, explican que la obra de nuestro viajero se publicase en tal lugar, y nos pone asimismo de manifiesto que el interés principal que motivó la publicación de semejante obra fue económico. Desde entonces (1834) no ha vuelto a publicarse el libro de Becher; había aparecido en un tiempo y bajo unas circunstancias que le fueron propicias. Sin embargo, para nosotros dicha obra constituye un testimonio valioso, y ello explica la atención presente que le dedicamos.⁴

Gran parte del año 1833, estando ya de regreso Becher en su patria, la dedicó a preparar su libro, el cual apareció a principios del año siguiente. Ya hemos aludido al espíritu y método de su obra, y ahora nos toca referirnos a otro aspecto no menos esencial. El libro no solamente responde a un incontenible deseo de revivificación espiritual, sino que es asimismo un obligado descargo o justificación en el orden de lo económico: la exoneración del fracaso de Becher, la disculpa por su aparente derrota transitoria. En nuestro autor, tanto montan las razones de índole espiritual, como montan las de orden material; pero son estas últimas, en definitiva, las que le llevan a rehacer sus materiales informativos y darlos a la imprenta. Esta obra es en primer lugar su defensa, en segundo lugar, una grata y a la par triste evocación, como él mismo nos lo da a entender, respectivamente, en su dedicatoria y en su proemio. Se acusó a Becher de irreflexivo, de desordenado, de ser muy díscolo y de tener un temperamento que le lanzaba fácilmente por el despeñadero de las genialidades; por consiguiente, según dijimos, él tiene que justificarse, que defenderse y vindicar su actitud, demostrando que la circunstancia mexicana (1832-1833) desbordó todas sus previsiones y cálculos y desbarató, pues, sus proyectos, y con ellos, por el momento, las esperanzas de todos los inversionistas de la compañía. De aquí que él, como testigo de vista, se vea en el caso obligado de informar casi a diario sobre la absurda y anómala marcha de los acontecimientos revolucionarios, sobre “la verdadera situación”, como él mismo dice, puesto que al parecer llegaban a Europa, por otros conductos, noticias inciertas y desorbitadas.

4 En 1844, en *El Liceo Mexicano*, el talentoso e infortunado Luis Martínez de Castro había traducido algunos trozos del libro de Becher, para salvar el honor de los mexicanos, a quienes Isidoro Löwenstern había satirizado ferozmente en sus *Memorias de un viajero*.

Si los propósitos de la empresa intentada no obtuvieron el éxito que se pensó, la culpa, en resumidas, no fue de él, nos afirma Becher en la dedicatoria. Todo lo que en materia de disculpa contiene el libro se explicita con una sola causa: la revolución mexicana del año 32; es a saber la revolución santannista-liberal contra el gobierno bustamantista o picalugano. Precisamente dicho año va a ser en México uno entre tantos de normalidad revolucionaria permanente; y justamente de esta normal anormalidad es de lo que intenta nuestro viajero dar razón a sus asombrados lectores y amigos alemanes. Todos inculpaban, según parece, a Becher, y lo convertían en cabeza de turco; pero él desfalcará a todos mediante su libro. Hábilmente desviarán, por consiguiente, la atención que todos prestaban al sensible fracaso, y por vía justificatoria hará de éste su defensa mejor; una defensa a la que paulatinamente irá convirtiendo en esperanzas de futuras victorias económicas, que tal es, a nuestro entender, el mensaje que encierran no sólo la dedicatoria y el proemio ya citados, sino también los apéndices, las interpolaciones y otros importantes materiales.

En la que él llama *Primera sección*, además de las susodichas cartas se encuentran dos diarios significativos sobre sendas excursiones realizadas a *El Sitio* y a *Anganguero*, centros mineros importantísimos explotados por la compañía. Esta sección primera termina con un apéndice histórico premonitorio sobre el porvenir de México, que no tiene desperdicio. Es también tal apéndice la máxima defensa de Becher, puesto que se trata de una estupenda profecía, fallida, que él adelanta acerca del “feliz futuro” de México y de la “felicidad y prosperidad”, en lo porvenir de los Estados Unidos Mexicanos. Considerado el desarrollo histórico posterior de México cabe pensar que a Becher le fallaron lamentablemente sus dotes de vidente; pero no obstante, si partimos de sus premisas, su vaticinio era exacto; lo malo del caso fue para él hacer apreciaciones políticas y económicas que resultaban indudablemente válidas para el mundo europeo, mas no para el hispanoamericano. Becher había previsto ya los males sin cuento que se derivarían siempre de una victoria absoluta y excluyente de un partido sobre sus oponentes, y había asimismo considerado el peligro que entrañaba el supeditar, como lo hacían los hombres públicos mexicanos, los intereses económicos a los doctrinales y políticos; ahora bien, el entrenamiento histórico, político y cultural de México había familiarizado a los mexicanos con una lógica formal tan rigurosa en cuanto al modo de organizar la cosa pública, que no cabía sino la aniquilación del adversario y el

triunfo de los puros principios. A comienzos del año 33, la situación se presentaba a la vista de Becher lo suficientemente despejada y risueña como para poder anunciar un porvenir inmediato creador y grandioso; una especie de *destino manifiesto* de México; profecía histórica que no pudo cumplirse no tanto por la imposibilidad intrínseca y extrínseca del propio país, sino (lo cual no pudo prever Becher) por la violación o el incumplimiento de las premisas establecidas por el generoso viajero. La segunda sección representa un excelente acopio de datos mercantiles y estadísticos relativos a México; se trata fundamentalmente de una información técnica rigurosa sobre las posibilidades financieras, mercantiles, agrícolas y migratorias que ofrecía México a los inversionistas y a los alemanes en general. En suma, este libro es para Becher su carta de triunfo; para los accionistas un documento precioso con el que renovar sus más rosadas y caras esperanzas. Un tratamiento adecuado de las cifras y notas estadísticas de esta *Segunda sección*, procurará, sin duda, a los economistas, sociólogos e historiadores importantísimas comparaciones críticas.

III

Hemos dicho que los testimonios de Becher corresponden precisamente al año de 1832, el del pronunciamiento, justamente en Veracruz, del coronel Landero, el cual, según afirma Alamán, se pronunció por estar quebrado en 18 000 pesos, un año de intensos acontecimientos revolucionarios, que culminó, según se sabe, con el establecimiento del general Gómez Pedraza en la Presidencia. Becher es un testigo inmejorable y un informador diligente de dicha revolución; toda su obra no es sino un largo y contrito comentario, entre extraño y premonitorio, de los sucesos ya pasados y de los que él barruntaba en el oscuro porvenir. Además, las informaciones que nos proporciona el testigo sobre esta típica explosión de actividad revolucionaria en México, resultan significativas, porque se trata de alguien que va viviendo y comentando paso a paso los sucesos, de principio a fin. Aunque no nos oculta sus simpatías políticas, es un testigo que aspira a ser imparcial; si bien, naturalmente no lo logra del todo. Becher es desinteresado y objetivo frente a los sucesos hasta el punto que puede serlo un hombre cuyo éxito o fracaso en el terreno comercial depende de los azares revolucionarios. Abre cuanto puede los ojos y mira cuidadosamente; pero no obstante, como ocurre siempre en semejantes casos, su sinceridad de testigo es siempre cuestionable por lo que ella tiene de for-

zosamente subjetiva. Desde luego, y esto es muy interesante, ve la revolución que discurre paradójicamente muy lenta por delante de él, desde una posición descomprometedoramente comprometida, relativamente neutra, y, pues, sin la animosidad cegadora del que ha adoptado de antemano una de las posturas extremas. Vivir la revolución desde afuera, como lo hizo Becher, no quiere significar que la viviese sólo como sujeto paciente; de aquí que sus opiniones y análisis nos muestren, por tanto, a un hombre atento a los acontecimientos y tratando de adivinar el rumbo definitivo de aquel incesante girar de la veleta revolucionaria. Sólo metafóricamente podríamos hablar de pura objetividad en Becher, porque él tiene que vivir por fuerza en México de acuerdo con los compromisos y circunstancias de su medio eventual. Sus temas viajeros pudiéramos agruparlos en los cuatro apartados siguientes: economía, política, naturaleza e historia. Pero claro está que dicha ordenación metodológica es completamente artificial, porque en el libro de Becher los temas no aparecen puros y radicalmente delimitados, sino que van haciendo acto de presencia de un modo insospechado, progresivo y sorpresivo, de acuerdo por tanto con la venturosa o incierta experiencia peregrinante de nuestro viajero.

A poco de calar Becher en la alternativa revolucionaria, se decidirá por la facción que la representaba, y no lo hará porque en él ardiese todavía la brasa antigua de un trasnochado *sansculotte*, sino sencillamente porque la revolución se acordaba mejor a sus intereses. Conoció Alamán y admiró los indudables méritos personales que adornaban a éste, así como la capacidad política, administrativa y financiera del sagaz ministro bustamantista; aplaudió también Becher la creación máxima de su ilustre consocio, el *Banco de Avío*, y aun defendió teóricamente la institución de los ataques librecambistas de los liberales; pero todo ello no le estorbó para ver que los intereses económicos de su patria, a los cuales representaba él celosamente, se asegurarían mejor con la victoria santannista. El derrumbe de las tarifas en la aduana de Veracruz, controlada por Santa Anna y las teorías económicas de los liberales puros, favorecerían mucho más el libre comercio que los onerosos gravámenes y el decidido proteccionismo practicado por el gobierno de Bustamante-Alamán. El triunfo liberal significaba para Becher y los intereses que representaba un cambio radical favorable en la práctica, y, pues, en la teoría económica. El *laissez faire*, considerado no sólo desde un estricto punto de vista económico, sino ampliado también hasta el terreno de lo político y religioso (tolerancia), proporcionaría a México, según Becher, y por mano liberal, “grandes ventajas y adelantos en

el cambio de la civilización”. Sin embargo, una cosa es en Becher la práctica del realismo en materia política, y otra muy distinta la inclinación política de nuestro viajero hacia este o aquel lado en cuestión de ideas. Él estará de hecho, y por las razones apuntadas, con el partido de la revolución; mas en punto a principios simpatizará con el partido gubernamental y conservador. Becher, hombre moderado y monárquico, educado en ese típico ambiente germánico de príncipes electores y reyes ilustrados aburguesados y a veces mansamente despóticos, amaba el orden, la paz y el correlato de entrambos, los buenos negocios. El gobierno bustamantista satisfacía en gran medida estos ideales, pero los intereses económicos que representaba y defendía Becher, según dijimos, ya no podían satisfacerse de igual manera con un régimen que impedía o no favorecía liberalmente el sistema de libre intercambio. Esto nos explica las simpatías interesadas de nuestro comerciante por Santa Anna primeramente, el *revolucionario libertador*, y después por Gómez Pedraza, el hombre *moderador* y *restaurador*, representante, de acuerdo con Becher, de un liberalismo centrista, amigo de la tolerancia religiosa y enamorado de la civilización y el progreso. Becher tenía que informar y debía hacerlo con la máxima acuidad posible, de aquí que insista en caracterizar todavía más a Santa Anna (que ahora resulta ya un hombre “poco ilustrado”) y a Gómez Pedraza, el campeón ahora no tan moderador sino agresivo del anticlericalismo. También nos perfila, entre otros muchos personajes, a Zavala, al que admira y al que pronostica un papel importante como defensor de las libertades públicas y neutralizador de la influencia castrense. Debemos ser indulgentes con Becher, pues si bien es cierto que sus predicciones liberales sobre Santa Anna fallaron lamentablemente, hay que pensar que el propio famoso personaje no supo las más de las veces sino dar vueltas como loco giraldillo a impulsos de las opuestas fuerzas socioeconómicas y de los vientos políticos más encontrados e imprevistos. Por el contrario nos dice algo de Bustamante sobre lo cual valdría la pena meditar un poco: “que no servía para jefe de gobierno”. La carrera política de Bustamante parece haber justificado este aserto; algo hubo, como subraya Becher, en el aspecto y en la actuación del vicepresidente que no lo hizo nunca popular; a su paso la indiferencia pública era manifiesta. Ente otras cosas, la rechoncha estructura del vicepresidente se acomodaba muy mal al irracional ideal heroico e histórico que el caudillo debía despertar en la imaginación y a la vista del pueblo y, para colmo de desdichas, la sombra de su secretario de relaciones cojeaba del mismo pie. Aquél era un ministerio recargado de chaparros, y los chaparros,

quién sabe por qué rara adecuación, *casi* siempre han tenido en México el éxito político individual correspondiente a su estatura. También nos destaca Becher dos aspectos interesantes de las actividades políticas de Gómez Farías; la primera, insospechada, su notable habilidad financiera; la segunda su radical reforma de la enseñanza, algo que entusiasmó a nuestro protestante viajero.

Apenas desembarcado Becher en Veracruz, y cuando todavía no se había repuesto de la cansada travesía y, sobre todo, del terrible sobresalto provocado por un intento de abordaje nocturno realizado por los piratas del Golfo, se topa de buenas a primeras con una de las tres cosas representativas del México de entonces: una revolución. Las otras dos, según dicho de los viajeros extranjeros, eran una corrida de toros y un temblor. Lo primero que atrae la atención de Becher es que esta revolución resultaba rarísima; no había comenzado con mucha bulla ni traquidos, sino como algo habitual, de ritmo calculado, preciso y lento. Se trataba, por consiguiente, según podía él entrever, de una revolución efectivamente; pero un tanto desusada y hasta exótica. Todo discurre en México, escribirá estupefacto Becher, por cauces distintos e insospechados; a cámara lenta, podemos añadir para completar gráficamente su idea. Es decir, México convertía el estallido revolucionario, la pronunciante explosión y el cambio súbito y violento, en algo propio: en un singular ejercicio que consistía en convertir la natural violencia revolucionaria en algo usual, trillado y prolongado. México hacía de la revolución una normal anomalía o bien, si le damos un giro a la frase, hacía de la anomalía revolucionaria algo normativo y pautado: el desasosiego permanente de la revolución como regla. Esto es lo que justamente diferenciaba a Prusia de México, la paz de la una frente a la intranquilidad corriente del otro; aquello era para desesperarse y asombrarse al mismo tiempo. Cuando los cañones revolucionarios rugían ya casi a las puertas de la capital, los ciudadanos se iban, como si nada, a los toros o al teatro. Becher se daba cuenta de que el pueblo miraba con indiferencia la revolución, que no participaba en la misma y que ésta no le interesaba, puesto que en ella sólo veía un problema de la exclusiva competencia del sector militar. Las nociones revolucionarias, aprendidas en Europa gracias al grandioso y popular espectáculo histórico de la Revolución Francesa, no le servían a Becher en México para nada. En cuanto revolución, aquélla no tenía, en realidad, nada de tal; el pueblo mexicano se mantenía al margen de los sucesos y de los principios políticos. Se trataba de una lucha política entre dos facciones en pugna, y cada grupo, persiguiendo alcanzar en la liza la felicidad de los ciudadanos, dejaba a

éstos a un lado y no permitía que la revolución se convirtiera en una auténtica fiesta del pueblo. Más aún, el aparatoso desfile de la victoria presidido por el arrogante Santa Anna, embutido en su esplendoroso y barroco uniforme de general de división, y por el presidente Gómez Pedraza, que aunque también era general prefirió presentarse en un atuendo más cívico y aburguesado, la simbólica levita negra puritana y liberal puesta de moda por los políticos norteamericanos, no resultó, según observó Becher, tan jubiloso para el pueblo capitalino como se lo habían imaginado sus gratuitos libertadores y fautores.

También se había dado cuenta Becher de que aquella manera de conducir la guerrita revolucionaria, tanto por parte de los generales pronunciados como de los que se mantuvieron tácitos, era anormal y se apartaba bastante de los cánones bélicos últimamente experimentados en Europa. El ejército de los *tres viejitos* que marchaban en dirección a Veracruz para acabar con Santa Anna, se movía con lentitud desesperante, *a paso de tortuga*, lo que no dejaba de ser bastante sospechoso. ¿Qué secreto poder animaba a aquel minúsculo ejército santannista, que a pesar del serio revés de Tolome, logró a la larga burlar a un general tan “pusilánime” como “fatuo”, y a otro tan prudente como Calderón? ¿Cómo pude vencer después al de un general como Bustamante, militar más técnico, más ordenancista y hábil que su contrincante? En parte pudiera explicarse el caso por la aureola que nimbaba la frente victoriosa del vencedor de Barradas; tal gloria no aterrorizaba, naturalmente; pero sí paralizaba toda acción decisiva contra el joven general veracruzano. En realidad, sus oponentes nos dan la impresión de que antes bien quisieron atraérselo que vencerlo, y recuérdese, en relación con lo expuesto, que Calderón no quiso obtener todo el fruto que pudiera haber alcanzado después de la acción victoriosa de Tolome, ni quiso, según parece, cabalgar contra la historia y aceptar el fajín de general de división del que acababa de ser despojado Santa Anna por el Congreso. Becher se extraña asimismo de que Calderón no explotara el éxito logrado frente a Santa Anna, y tampoco se explica por qué Bustamante, en lugar de preferir combatir al enemigo más serio, se decidió por el general Moctezuma (*Gallinero*). *El Sol* del 7 de marzo de 1832 esperaba que Calderón no hiciera lo que Aníbal hizo después de Cannas; pero después de Tolome, Calderón prefirió su Capua jalapeña.

Además, hay también otras razones de mayor peso que las psicológicas anotadas, y que pueden explicarnos mejor el éxito de Santa Anna. A Becher, de tanto mirar y reflexionar sobre aquella extraña revolución que le tocó ex-

perimentar, llegará un momento en que se le hará inteligible el callado ritmo y el hondo significado de la misma. Durante la vicepresidencia del general Bustamante y durante la gubernatura de su efímero sucesor el general Múzquiz, los comerciantes extranjeros, no españoles, se sintieron perseguidos y extorsionados gravemente, y se vieron sobre todo obligados a suscribir los empréstitos forzosos que lanzaba el gobierno para obtener recursos con los que defenderse, supuesto que los ingresos aduanales estaban en manos de los revolucionarios. Se limitó también la tolerancia de que gozaban en materia religiosa; la intolerancia afiló, pues, sus cuernos, y el proteccionismo alamanista levantó todavía más barreras y echó cerrojos, si bien teóricamente, a las aduanas del Golfo. Los negocios y las inversiones extranjeras sufrieron, por tanto, un quebranto grave, rayano casi en la ruina conforme la revolución se fue prolongando durante todo aquel año de 1832. Los primeros comerciantes extranjeros que se liberaron de la pesada tutela económica del gobierno no menos que de la presión intransigente que éste ejercía, fueron los de Veracruz, y como ellos en su mayor parte eran simplemente corresponsales y agentes de las matrices extranjeras radicadas en la capital de la Federación, la liberación repercutió también en la misma. El primer paso fue asegurarse de que la correspondencia no sufriera impedimentos, pese a las operaciones militares, y el propio Becher se trasladó a Jalapa, todavía en manos del gobierno, para percatarse de aquello y especialmente para dirigir desde más cerca y disponer de modo adecuado los beneficios que, a través de las dos líneas o por rodeos, comenzaban a filtrarse y expandirse por todo el país. Santa Anna, para hacerse de recursos, se había apoderado de 400 000 pesos que poseía la aduana de Veracruz y se incautaba de las fianzas depositadas allí mismo por los comerciantes, las cuales se elevaban a más de un millón, suma fabulosa para entonces; había admitido asimismo con descuento el pago de los derechos aduanales, y a su arbitrio había rebajado con ello las tarifas establecidas. No contento con eso destituyó al jefe de la Aduana, señor Joaquín Lebrija, y se incautó de los fondos del Banco de Avío, que dicho funcionario iba a girar a Nueva Orleans para el pago de cierta maquinaria allí adquirida. Veracruz quedó a poco inundado de mercancía buena y barata, y el contrabando y el matute iniciaron su curso tradicional. El gobierno poco o nada podía hacer para evitarlo; simbólicamente expidió el 10 de enero un decreto por el que se declaraba cerrado al comercio exterior el puerto de Veracruz, y se especificaba también que no se tomaría en cuenta ningún pago hecho a la aduana durante

la ocupación de la plaza por Santa Anna. Dijimos que Becher se dirigió a Jalapa para arreglar importantes asuntos; pero él, tan locuaz de suyo, esta vez no nos escribe muchas cosas, y menos de la principal que le llevó allí casi en vísperas de la captura de dicha ciudad por Santa Anna. La toma de Jalapa, así como la de Puebla se logran, ante todo, mediante una misteriosa infiltración previa de mercancías procedentes de Veracruz. Las llamadas fuerzas vivas de las poblaciones no resistían mucho ante el combinado ataque mercantil y militar. Recordemos también que cuando Santa Anna entró en Puebla pudo organizar hasta un curioso plebiscito para dejar en claro si sus tropas saquearon o no las casas particulares (salvo la de Andrade, naturalmente), y sobre todo los establecimientos mercantiles. Hasta el recalcitrante obispo de Puebla votó a favor de Santa Anna y de su delicada conducta debelatoria. Con todo, si la captura de Jalapa fue facilísima, la de Puebla ya no lo fue tanto, y la de la capital resultó imposible. El control gubernamental se ejerció naturalmente mucho mejor; además el asedio mercantil de afuera ya no fue tan efectivo, lo que en parte se explica por la preponderancia que aún por entonces tenía el comercio español en la capital de la Federación. Los comerciantes españoles apoyaban al gobierno y recibían, sin duda, de este apoyo ciertos monopolizadores beneficios de que no gozaban los demás comerciantes.

Como Becher no era lerdo, pronto se dio cuenta de aquella extraña mecánica que movía la revolución, y percibió además cuál era el cordón umbilical mercantil que la alimentaba desde el puerto de Veracruz; por eso, dueño ya de este secreto, pudo con cierta comodidad hasta prever o profetizar, en rueda de furibundos antiliberales, no solamente la caída de Jalapa y Puebla, sino la resolución política favorable a la intervención de Gómez Pedraza en la marcha de la revolución; mas también por eso su desaliento no tuvo límites cuando vio que el final previsto no se resolvía tan fácilmente según los principios tácticos y económicos por él descubiertos: los tozudos comerciantes españoles y las tropas gubernamentales, cada cual en su puesto, defendían tenazmente la última importante e influyente plaza.

Pero todo tiene fin en este mundo, y también lo tuvo a la postre la revolución de Veracruz, tras su victoria, y con ella la de los liberales, que escudados en Santa Anna, dirigían el movimiento. Cuando Becher dejó a México, los liberales extremados eran y a dueños del poder y nuestro honrado comerciante podía soñar justamente que se llevaría a cabo la reforma y que, por consiguiente, las tarifas serían, si no suprimidas, a lo menos rebajadas hasta el

punto de hacerlas insignificantes. Sale, pues, Becher de México fortalecido moral y mercantilmente, tanto más cuanto que los comerciantes españoles, los pertinaces competidores, habían sido derrotados y eliminados: expulsados de nueva cuenta de México por un decreto liberal del presidente don Manuel Gómez Pedraza (16 de enero de 1833).

IV

Si el espectáculo de la revolución fue para Becher desorbitado y anómalo, la historia de México se resentía también de algo parecido: toda ella estaba afectada por una amenazadora ahistoricidad. Resulta curioso comprobar cómo las opiniones históricas de un hombre como Becher, un comerciante con una no desdeñable instrucción, responden, aunque un tanto deformadas en su escala interpretativa media, a muchas de las ideas generales que el idealismo histórico alemán y los ensayos y la historiografía alemana del siglo XVIII pusieron en circulación respecto a la América hispánica en particular. Nuestro viajero piensa también en México como en un ente en cierta medida carente de historia. La cultura prehispánica, por ejemplo, no le merece ninguna atención. Popularizando las ideas de Robertson, de Reynal, de Pau, et cetera, sostiene que la descripción de la Tenochtitlan indiana y los relatos de los conquistadores y cronistas eran exagerados, lindos cuentos para darse bombo los propios autores. Becher pudo haber rectificado este juicio a la vista de la obra de Humboldt y especialmente frente a la de Clavijero, al que confiesa haber leído; pero precisamente ese aferrarse a la mezquina y vulgarizada opinión del europeo medio de entonces, es lo que nos demuestra su indiferencia frente al tema histórico o arqueológico de México. Él es uno de los pocos viajeros que no se dedicó a recorrer las ruinas prehispánicas, pues parece que tenía ya firmemente arraigados sus prejuicios. Según Becher, lo que los españoles conquistaron fueron *hordas semicivilizadas*, y aunque empotrado en una de las torres de la catedral pudo admirar el llamado por entonces “reloj de Moctezuma”, es decir, el calendario azteca o *Rueda del Sol*, como lo llama Becher, y aunque asimismo pudo ver en el patio de la antigua universidad algunas piezas estupendas de la cultura náhuatl, entre otras la famosa Coatlicue y la piedra de Tízoc, la sensibilidad artística de nuestro viajero funcionaba al imperio de lo neoclásico y acabará expresando que tales piezas eran tan “feas” y “monstruosas” como las de Egipto. Consti-

tuye, pues, él doble errado juicio estético de Becher una opinión que, sin embargo, merecería ser sumada a la serie de las notables que se han expresado en torno a la escultura azteca, si no por la mediocridad de tal opinión, sí al menos por lo que ella tiene históricamente de prototipo vulgarizado o criterio representativo popular, a medio nivel, de un europeo de la primera mitad del siglo XIX.

A sabiendas le regatea también méritos históricos al pasado colonial, y aunque no puede menos de asombrarse en el patio de la universidad, al ver que en el centro del mismo se levantaba la estatua ecuestre de Carlos IV, nuestro popular *Caballito* (a cuyo jinete convierte por un natural y orgulloso sentimentalismo histórico, ahora sí, en Carlos V), y aunque asimismo estaban presentes ante sus ojos los espléndidos palacios coloniales, desdeñará y condenará por cruel toda la historia de la dominación española, y saltará tranquilamente, y como por ensalmo, del tema de la conquista al de la independencia. Cree, además, que pararse a estudiar los temas brincados por él no tendría ningún valor práctico y que, si acaso, valdría la pena poner en claro la historia de la colonización; pero no la española, sino la realizada por ingleses y franceses en Norteamérica. ¿Y por qué, preguntémonos, tiene la historia prehispánica y colonial de México tan poco valor práctico para Becher? Él, por supuesto, no puede respondernos directamente a nuestra cuestión; mas de acuerdo con nuestro método tenemos que contestárnosla recordando sus juicios y prejuicios sobre la revolución y sobre la manera insólita como evolucionaba ésta bajo el clima histórico paralizador e hispanizante de México. En realidad, él está viendo nuestra historia como algo estancado y antiprogresista, como una entidad que no marchaba al ritmo de los tiempos nuevos. Tenemos, con todo, que agradecerle a Becher el epítome de historia que escribe *pro beneficio* de la gente menuda de su casa; es a saber, su heroica e infantil versión insurgente acerca de la historia de la independencia. Su método histórico es en este caso uno de los más apropiados para pequeñuelos, el biográfico. Los héroes y heroínas que nos presenta constituyen retratos encantadores; el que nos traza especialmente de don Guadalupe Victoria es románticamente heroico y delicioso: el auténtico Robinson de la insurgencia. Pero pese a todo no hay opiniones históricas, no hay secuencias ni causalidad en esta breve galería histórica.

Si bien lo vemos, lo que hace Becher mediante su libro es dotar de ser, a su manera, a nuestro México; una operación típica europea que tiene añejos

antecedentes. La imagen que nos presenta de México es forzosamente subjetiva, y en cuanto tal adquiere el valor de una verdad personal, particular. La manera como nuestro viajero concede existencia histórica al país le exige una privación del ser anterior indohispano. La Ilustración europea y la Revolución Francesa, en la que aquélla cristaliza, son las que dotan, por tanto, a México con los consagrados derechos del hombre y del ciudadano; es decir, provocan aquí la revolución de independencia y la subsecuente expulsión de los estorbosos españoles. Los hombres novohispanos de origen español adquieren así categoría de entes históricos gracias a la acción de Europa; sin duda Becher ya había oído aquello de que “el África comienza en los Pirineos”. Una vez suprimido el obstáculo español, gracias a la expulsión indicada, comienza, según Becher, la obra auténtica de la cultura europea que iba extendiéndose cada vez más y más por el país: lo iba europeizando, dándole un auténtico sentido histórico. Incluso en el aspecto más insignificante de la cultura mexicana el impacto bienhechor de la influencia europea se deja sentir; por doquier penetran los usos y costumbres de Europa; a las ciudades, pueblos y aldeas llegan las industrias, las comidas y las bebidas (mantequilla, vino y cerveza), otros productos diversos y las nuevas modas de ultramar. A la par de esta influencia, Becher observa que los hombres liberales mexicanos estaban también decididos a regenerar al país mediante los beneficios europeos de la libertad religiosa (Pedraza) y de la enseñanza laica (Gómez Farías). Desde luego, también llegaría la actividad regeneradora, mas para ello había que seguir el consejo de Becher relativo a la colonización (por alemanes) de Texas y otras regiones. El confort iba también extendiendo poco a poco su influjo bienhechor hasta alcanzar incluso a las clases más bajas. Pero Becher traslucirá al cabo una íntima y amarga decepción; al parecer los mexicanos no se mostraban todo lo agradecidos que era de esperarse, dadas las circunstancias y considerando el sacrificio europeo; sólo a regañadientes parecía aceptar el tradicional ser histórico de México los cambios; los mexicanos, al fin de cuentas, no sentían mayores inclinaciones por los extranjeros, y desde luego, confesaba esperanzado Becher, a los que mejor soportaban eran a los alemanes.

Aunque sin hacerlas tema expreso de su conciencia histórica, las capitales mexicanas que Becher conoció fueron un gran regalo a sus ojos; en el Viejo Mundo no había nada realmente en materia de ciudades que pudiera equipararse a las mexicanas en punto a urbanismo, simetría, extensión y planificación de ardidriche, así como en suntuosidad; lo único negativo era que no

brillaba en ellas la industria ni se destacaban por su actividad. Los palacios de la ciudad de México le maravillaron tanto como al viajero inglés Latrobe, el creador, según Valle-Arizpe, de la célebre expresión encomiástica que ha dado la vuelta al mundo. Las catedrales también lo dejaron absorto, y frente al churriguerísimo sagrario se extasía nuestro hombre, y penetrado de goticismo manifestará una opinión erradísima que, sin embargo, le podría justificar modernamente un Worrigner a cuenta de la voluntad expresiva. Lo que mucho le llamó también la atención fueron las casas, las enormes casonas con su delicioso *patio* interior y su oriental *azotea*; esas típicas viviendas coloniales en las que se resumen siglos de experiencia arquitectónica mediterránea; casas señoriales, introvertidas, clásicas.

La naturaleza mexicana participa en el libro de Becher de todos los atributos positivos y negativos con que el hombre europeo la ha venido calificando desde hace siglos. Pero hay que imaginarse asimismo el salto que representan para un hombre mórbido la presencia y la experimentación de una flora, de una fauna y de una naturaleza física y moral, en suma, a la que se siente voluptuosa, lujuriente, rica y a veces hasta impúdica, como cuando se tropieza en Veracruz, de buenas a primeras, con un timonel semidesnudo dirigiendo una barcaza. Apenas alcanza Becher la altiplanicie y acude a su mente la justa calificación, casi la misma que un siglo más tarde consagrará poéticamente Alfonso Reyes. Para nuestro viajero esta tierra es también la del aire “sutil y transparente”.

Después de un año de estancia en México, Becher se ha aclimatado maravillosamente. Cuán tiempo y mulso, ay, el delicioso clima de Jalapa, sobre todo al recordarlo, del todo aterido, allí en Nueva York, sintiendo en sus carnes las afiladas garras del frío. Pero no todo es positivamente delicioso, como antes apuntamos; también la naturaleza mexicana trasparenta su realidad negativa y su tradicional condena histórica; su satanidad. El paraíso mexicano presenta, pues, su ominosa contrapartida con las miríadas de insectos de todas clases que pululaban y señoreaban en él; pero qué más, si hasta las ubres de las vacas mexicanas eran más pequeñas que las de las vacas europeas. Esta naturaleza mexicana animal buffonianamente despotenciada se caracteriza también en Becher, de acuerdo con las viejas ideas, por la pobreza de fieras. En la república no había muchos animales carniceros, salvo en California, y los que había allí eran desde luego menos furiosos y salvajes que sus congéneres africanos o asiáticos. Los caballos mexicanos no tenían punto de com-

paración con los ingleses, la primacía británica (equino y jinete) quedó bien demostrada en una carrera que un caballo inglés bien montado ganó a un caballo criollo jineteado a la usanza charra tradicional. Lo malo del caso fue que la política se mezcló también en la competencia, y hasta parece que se interpretó el éxito del caballo y caballero extranjeros como la victoria del progreso sobre la tradición. Como a esta carrera asistió el “todo México” de entonces, liberales y conservadores hubieron de hacer indudablemente acto de presencia; es lástima, y bien grande, que no tengamos ni el más leve indicio sobre el registro de las apuestas, que indudablemente las hubo y, como de costumbre, muy fuertes.

En realidad los temas negativos que subraya Becher representan más bien un rezago de épocas ya idas; el tributo obligado a las viejas ideas preconcebidas, a los estereotipos antañones. El rasgo constante que asoma en las páginas del libro de Becher es más bien positivo que negativo, la realidad oponiéndose a los prejuicios históricos. Sensualidad, dulzura, apacibilidad son los atributos acordados a la naturaleza americana, y por extensión son asimismo atribuidos a los hombres mexicanos de su tiempo. El mexicano era un hombre tranquilo y dulce; mucho más, por supuesto, afirma Becher, que el europeo de entonces. Vieja idea ésta la de la correspondencia entre el clima y la raza, y que Becher recoge y extrae, como tantas otras cosas, de los estratos culturales medios de su tiempo.

La índole mercantil de su empresa obligó a Becher a hacer diversos viajes y excursiones por el interior de México. Más de una vez hubo de atravesar la *tierra caliente* y cruzar algunas populosas aldeas indígenas. Ahora bien, lo que extraña es la apacible descripción que nos da de las mismas y de sus habitantes. A estos pueblos de indios los ve Becher limpios, bucólicos; los jacales estaban albeantes y aun los más modestos enseres de aquella gente campesina lucían a fuerza de agua y jabón. Los indios no se distinguían ciertamente por su belleza; pero la sonrisa y el gozo vital se reflejaban en sus caras. Aquella gente, escribe Becher, era alegre, inofensiva, obsequiosa; era, desde luego, una alegría más recatada que la europea, pero daba gusto ver cómo una parvada de chiquillos danzaba al aire libre un tocotín idílico, dirigidos por un bondadoso anciano indio que tocaba su rústico violín. La visión de Becher nos parece que es la última que podemos reconstruir de aquel curioso y desacomplejado mundo indígena; el último clisé positivo que tenemos de aquellas repúblicas de indios que, aunque ya en decadencia, mostraban todavía su

vitalidad gozosa y su fuerte solidaridad comunitaria. El entusiasmo liberal de los legisladores y la acción desamortizadora y deslindadora no las habían abatido todavía, lo que explica que por los tianguis que cruzó Becher ni siquiera vio un borracho. Un espectáculo muy distinto ofrecían los indios que vivían al amparo y desamparo de alguna gran ciudad; mas como las razones, en este caso, son bien conocidas, sin duda, del lector, no vale la pena que insistamos en ellas. Sabemos bien que a medida que en estos pueblos indígenas fue penetrando, a veces muy dolorosamente, la nueva influencia económico-política de espíritu liberal, fue en ellos retrocediendo a la par, casi hasta desaparecer del todo, la coacción moral disciplinante que ejercían los párrocos y curas de aldea. Becher nos habla de uno de estos, hombre ilustradísimo, admirador de Humboldt y poseedor de una excelente biblioteca. Becher se da cuenta de que aquellos indios vivían inmersos en la poderosa corriente de la cultura clerical y autoritaria de entonces, y al verlos así agrestemente felices, piensa generosa, pero fallidamente, que la felicidad de aquéllos sería aún mayor y más individualmente enriquecida si se lograba desviar o atenuar la corriente espiritual tradicional y se les daba la oportunidad de una educación laica.

Destaca asimismo Becher la capacidad imitatoria del indio (una capacidad que ya era proverbial desde los tiempos de Motolinía) y le satisface ver, por lo mismo, con cuánta facilidad y eficacia se transformaban los indígenas en hombres libres asalariados trabajando en los grandes ingenios azucareros de tierra caliente, o adaptándose rápidamente al trabajo industrial y a la explotación minera. Becher es un decidido campeón del trabajo jornalero libre y abomina, pues, y rechaza todo tipo de explotación esclavista. Aborrece no sólo la esclavitud, sino también la discriminación racial que pesaba sobre los pobres negros de Norteamérica y de las Antillas. Nuestro viajero canta las excelencias del México libre y de su ejemplar Constitución antiesclavista, y censura en cambio la de los Estados Unidos; le parece que el ejemplo de México era digno de imitarse, y para él constituía además la prueba de que la abolición de la esclavitud y la organización del trabajo libre podían ser extendidos a todas las naciones aún esclavistas. De acuerdo con nuestro autor, la grandeza de México se fincaba también en esta audaz solución libertaria.

Sin embargo, este México que tenía por delante de sí un camino histórico por recorrer pleno de excelencia, presentaba ciertos rasgos excesivamente democráticos que Becher desaprobaba, para él la democracia no era sinónima de revoltijo social ni de igualamiento racial: todos libres, sí; pero cada estrato

social en el círculo que le correspondía: no un caos sino un cosmos social y político. Le choca ver juntas, en ciertos espectáculos, a personas que pertenecen a distinta clase social, le choca igualmente la revoltura racial. Tal cosa podía tolerarse, por ejemplo, en los toros, mas en un *bal paré* como el de Tlalpan, o en las iglesias especialmente, donde el caballero distinguido se codeaba con el lépero andrajoso, y la dama linajuda se arrodillaba cabe a la india harapienta, tal espectáculo resultaba anárquico y condenatoriamente católico e hispánico.

Es de todo punto imposible detenerse a comentar todos los temas que desfilan por las páginas de Becher; habría que escribir mucho acerca de sus comentarios sobre el traje negro de seda, que a la hispánica manera usaban las mexicanas distinguidas, y sobre la airosa mantilla. Tendríamos que detenernos asimismo en su descripción de las típicas tertulias y de la extrañísima costumbre femenina de fumar cigarrillos, que las propias damas enrollaban elegantemente, después de haberse sacado la rica tabaquera por el propio perturbante escote. El asombro de Becher fue grande, pues en Europa comenzaban justamente a fumar las damas... que no lo eran. La complicada etiqueta hispánica le produce también cierta incomodidad, pero desde luego no tanta como la que experimentaba frente a los rateros mexicanos, mucho más listos y sutiles en su arte que los famosos *pickpockets* de París y Londres, pues que lograron a costa de Becher lo que los randas europeos jamás pudieron: desvalijarlo en sus meras barbas. Justifica también Becher al pulque como bebida popular, y justificará asimismo el indudable parentesco bandidante que emparentaba a los mexicanos con los españoles e italianos, por medio de esta irónica y significativa igualdad: España-Italia-México. Hace mención Becher de la pasión favorita de los mexicanos de entonces, el juego, y destaca el carácter deportivo y aristocratizante que tenía el mismo en todas las clases sociales. Habla también de los toros, y nos da la sensación de que leyó el famoso poema de Heredia que condena la fiesta.⁵

Recogiendo ahora el tema con que iniciamos, podemos añadir que la materia principal que informa el libro de Becher es económica; su profecía acerca del porvenir brillante de México se basa precisamente en tales notas; sobre todo en una: la disminución del presupuesto, el de guerra especialmente. Y

5 Precisamente *El Sol* (6 de febrero de 1832) publica un fragmento de dicho poema. De seguro lo leyó Becher, porque algo hay en su descripción que recuerda la poesía.

para aliviar lo de Texas da dos consejos: desarrollo económico del país e inmigración alemana. Lo malo del caso fue que los alemanes acudieron efectivamente; pero por la vía de Nueva York.

La obra de Becher, por lo que respecta a México, no nos revela, según dijimos, una información libresca muy vasta; pocos son los autores que maneja nuestro alemán. En primer lugar utiliza a Humboldt, si bien la huella de éste es liviana en su obra; en segundo lugar pondremos a Clavijero, aunque tampoco se nota mucho la influencia de éste en las *Cartas*. Parece ser que Becher leyó también alguna edición alemana de las *Cartas de relación* así como la obra de Zavala, a la que cita y a la que debe bastante. Algunas ideas de Becher transparentan el conocimiento de Mora y de alguno que otro folleto de Roca-fuerte, especialmente el relativo a la tolerancia. Además tenemos que imaginarnos a Becher como asiduo lector de los dos periódicos que por entonces hacían la guerra ideológica: *El Sol* y *El Fénix de la Libertad*, este último era el “pajarraco” o “ave fabulosa” (como biliosamente lo llamaban los soleados colegas) portadora de los ideales políticos liberales. A estos periódicos hay que añadir todavía el *Diario Oficial* y las revistas mexicanas de aquel entonces, entre otras *El Registro Trimestre*.

Confesamos sinceramente que la dificultad mayor que encontramos al traducir el texto de Becher, aunque parezca pueril decirlo, el tener que verter al español todo el entusiasmo y la extrañeza del autor, los cuales plasmó ejemplarmente por medio de un lenguaje escrito en el que abundan las admiraciones. Reproducir estos signos en el texto español no fue empresa fácil, porque hay que tener en cuenta que en nuestro idioma los signos de admiración son dobles: todo un bosque de admiraciones. Como el texto de Becher está ya de suyo floreado excesivamente con dichos signos, la versión española no puede menos que verse fogueada con tales banderillas críticas y admirativas. El lenguaje de Becher, sin ser puro ni elegante, no deja de tener cierta gracia; una doble impresión que hasta cierto punto hemos procurado conservar en la versión española.